

La calle

para el martes 15 de diciembre de 2009

Diario de un espectador

El profesor ávido y celoso

por miguel ángel granados chapa

Quedamos ayer en que Elise, la trabajadora social solitaria (aunque es madre de tres hijos) que acompaña en su pena a su hermano Pierre, se encuentra por fin con una pareja. Es Jean, un comerciante de fruta que la pasa mal y padece su soledad. Se había casado con Caroline, una mujer exuberante y libre, de quien se había separado. Ella se divertía con sus amigos, y a bordo de su motocicleta, hasta que pierde la vida en un accidente de tránsito. Su muerte afecta a Jean, a pesar de la separación y de que mucho del comportamiento de ella no le agradaba. Es reacio a establecer nuevas relaciones hasta que una mañana, desvelados, él por una aventura fallida, ella por la fiesta que organizó para su hermano Pierre, se ven con nuevos ojos y se unen gozosamente. Poco después el bailarín recibe el aviso de que hay un corazón listo para ser trasplantado, y solo pues no quiere acongojar a nadie, ni siquiera a su querida hermana, se dirige al hospital, sin que sepamos el desenlace de su historia.

La de Roland Vermeuil no termina bien. Él es un profesor de historia que va hartándose de su trabajo, hasta que atiende la invitación de un productor de televisión muy entusiasmado por hacerle narrar ante las cámaras la historia de París, en la que es experto. Lo deslumbra sobre todo el dinero que se le pagará, infinitamente mayor del que recibe en la Universidad. Sin que sea explícito, tal vez alentado por eso, o de modo inconsciente, pone la mira en una alumna de su poblada clase. Es la hermosa Laetitia, que vive sola en un departamento, frente al de Pierre, que a distancia, por fisgonear su intimidad de ha enamorado de ella, según contamos ayer a nuestros lectores

Entre refinado y tímido, Roland corteja en secreto a su alumna. Lo hace a través de un método actualísimo, propio de los jóvenes: le envía mensajes (o le *mensajea*, para decirlo en lengua bárbara) recados de amor, anónimos por supuesto, pero siempre indicando que la observa directamente al momento de escribir los recados. Finalmente ella, entre exasperada y curiosa, lo enfrenta. Ha descubierto que él es el autor de los mensajes que la inquietan y molestan, pero también le gustan. Puede más esta última sensación y, no obstante formularle reproches, se hacen amigos íntimos. Él la disfruta en su propia casa, donde sin temor a hacer el ridículo brinca y se zarandea al son del rock de los años sesenta, como el que bailaba en su juventud.

Se sorprende tanto de su nueva actitud, que acude al sicoanalista. Se siente obligado a manifestarse escéptico del método freudiano, pues trata de hacer saber al analista que no es un aldeano ingenuo que admita los misterios de la introspección inducida, ni de que infancia es destino. El trato con el especialista no evita que aflore su naturaleza insegura y envidiosa. Sin que Laetitia le haya sugerido siquiera que la relación carnal que mantienen es preámbulo de alguna otra, y no ex tampoco exclusiva, el profesor la sigue hasta que ella se exaspera y lo manda a volar.

Como su nombre promete, París llena a cada momento los ojos del espectador. La vemos con ojos de turista común (que sube a la loma de Montmartre) o el que se asoma a rincones que dicen poco a los ojos convencionales pero guardan secretos de la verdadera vida parisiense, la de todos los días, la que es propia de los mercados callejeros y las panaderías.